

## Paroxismo

Lo despertó el zumbido de un montón de moscas que revoloteaban alrededor de su cabeza. Abrió y cerró los ojos un par de veces antes de poder leer la hora; el reloj marcaba las 6:53 A.M. Con la mano derecha intentó apartar las moscas, y poco a poco fue desenroscando su cuerpo desde la posición fetal hasta quedar tumbado boca arriba. Se desperezó lentamente. Volvió a agitar la mano contra las moscas, y luego la estiró lentamente hacia su amada, que reposaba al otro lado de la cama.

La superficie que separaba los dos cuerpos estaba húmeda, y al tacto ligeramente pegajosa. Las moscas parecían susurrar -en un tono un tanto histérico- algún secreto. Así que con recelo intentó apretar la mano de su amada, estaba fría e inerte. Volvió su cabeza para verla y un grito de horror se quedó atrapado detrás sus labios, que parecían estar sellados por algún adhesivo extraño.

Se levantó de golpe, estrellando su frente contra las moscas. Corrió hacia el baño. Se miró en el espejo, entonces, descubrió que aquel engrudo extraño que cubría su boca era de color rojo, ligeramente salado, era... ¡Era sangre! un pequeño charco de sangre localizado en su boca, también había otro en la punta de su nariz, que se desbordaba hasta las fosas nasales.

Apenas pudo sostenerse unos segundos en el lavabo antes de desmayarse. Al despertar de nuevo, se arrastró hasta la cama y gritó un par de veces: ¡Elizabet, Elizabet! -así se llamaba su amada-. La habitación se impregnó de un olor insoportable que se

había engendrado en su boca -la halitosis matutina, la sangre coagulada y algunos hilos de carne en proceso de descomposición-.

No hubo respuesta.

Elizabet, permanecía inmóvil, inexpresiva... Muerta. Su tez blanca se había teñido de manchones rojos -como un dálmata surreal-. Sus ojos permanecían entreabiertos sosteniendo una mirada extraña, una metamorfosis detenida entre el deseo y el horror. Su labio superior reposaba sobre un agujero repleto de dientes; el labio inferior había sido arrancado de un mordisco.

Volvió a repetir: ¡Elizabet!

Las moscas respondieron con un zumbido acusador.

Impulsó su cuerpo de un salto hacia las ventanas y las abrió, deseando que las malditas moscas volaran fuera en busca de otro manjar; que callaran, que no volvieran nunca más. A los pocos segundos volvió a cerrarlas rápidamente, por temor a que se escapara también el olor a muerte.

El zumbido de las moscas se intensificó provocándole un dolor de cabeza insoportable.

Volvió desvanecerse, esta vez sin poder sostenerse en ningún sitio. Varias imágenes se cruzaron por su mente. La noche anterior él y Elizabet habían comenzado a

hacer el amor. Se habían conocido hace tres meses el Café Acuarela de la calle Gravina; ella llevaba un vestido blanco que casi se confundía con los pliegues de su piel pálida. Bastó una sola mirada para saber que quería quedarse para siempre aferrado a sus contornos de porcelana. Ella asintió sus intenciones con complicidad. Ese mismo día habían hecho el amor por primera vez.

El sonido del teléfono irrumpió en sus recuerdos. No se sintió capaz de ir a cogerlo, no quería escuchar otra voz que no fuera la Elizabet. Dubitativo se llevó las manos a la cabeza, tanteó un poco entre sus pómulos y la nuca, el sudor había empezado a remover algunas costras de sangre. El teléfono ya no sonaba; se preguntó quién habría llamado, mientras miraba fijamente hacia la puerta que daba hacia el salón. Giró la cara hacia Elizabet para intentar no pensar más en el asunto de la llamada, se dejó caer lentamente hasta su boca y besó el labio que quedaba adherido a la cara -la punta de su lengua chocó ligeramente contra el colmillo derecho de su amada-.

El zumbido de las moscas se fusionó con el altavoz de una sirena.

El pánico se apoderó de su cuerpo. En un acto desesperado por revertir la situación buscó una camiseta en el ropero, corrió al baño y humedeció el extremo inferior. Volvió a la cama, fue deslizando la punta humedecida desde la frente de su amante hasta la nariz, luego, con delicadeza el contorno de sus ojos entreabiertos; apartó un mechón de pelo que atravesaba el rostro dividiéndolo en dos. El blanco de su piel lucía aún más pálido en contraste con el negro intenso de su larga cabellera y las manchas rojas rutilantes. Al descender hasta su cuello medio roído no pudo evitar detenerse para darle un beso -a ella le encantaba-.

Volvió al baño para humedecer otra punta de la camiseta. Continuó el recorrido desde la clavícula hasta sus pechos, y fue despintando las manchas con movimientos circulares sobre sus pezones carcomidos.

Tres golpes secos azotaron la puerta toc toc toc.

Se aferró temeroso a las caderas de Elizabet. Todo parecía tan confuso. El teléfono sonaba de nuevo. Intentó recordar un poco más. Las moscas zumbaban como posesas. Aquel día en el café descubrieron que eran dos locos apasionados. Desde ese entonces vinieron un montón de noches lujuriosas, fantasías insaciables, sensaciones al límite. Cada día se deseaban más, eran insaciables; dos semanas más tarde ya habían decidido vivir juntos porque no podían soportar estar separados ni un segundo. No podía creer que todo acabara así. ¡No! ¡Elizabet no podía estar muerta! Volvió a gritar su nombre ¡Elizabet!

Los golpes contra la puerta de madera se fusionaron con el zumbido de las moscas, el timbre del teléfono, y el altavoz de la sirena que había subido de tono. El dolor de cabeza se intensificaba cada vez más haciendo brotar unas cuantas lágrimas por el rabillo del ojo izquierdo.

El toc toc se transformó en la voz de Elizabet gritando ¡No! ¡No! A él le gustaba escucharla gritar mientras hacían el amor, y a ella le encantaba gritar; pero la noche anterior sus gritos se habían trasmutado de placer a dolor, de dolor a desesperación, de desesperación a terror, y de todos los anteriores a... Muerte.

Apartó la sabana de un tirón; estaba empapada de toda la sangre que había brotado del cuerpo de su adorada chica de piel de porcelana. Deslizó el cadáver hacia arriba hasta que quedase apoyado al respaldar de la cama; peinó un poco con sus dedos la larga melena azabache que contorneaba el rostro pálido. Pasó sutilmente un brazo por detrás de su espalda, el otro por debajo de sus rodillas y alzó con firmeza el cuerpo hasta su pecho. Besó su frente sin vida, dedicó una plegaria de perdón a sus oídos ensordecidos, y se aferró temeroso a sus contornos de porcelana.

Algunas palabras se colaban por las junturas de la puerta. Las moscas parecían llorar en lugar de zumbiar, ¿Quién estaría llamando? La sirena sonaba cada vez más fuerte y más cerca. De pronto la puerta se desplomó violentamente haciendo ondear el cabello de Elizabet. Todo pareció quedar en silencio. Todo pareció quedar inerte, hasta los mechones de pelo azabache.

Ignacio Zubillaga se declaró culpable por no haber podido contener su pasión.

Firma:

Angora